Este libro trata sobre padres de familia
que a veces se sienten impotentes.

Quizás tú no seas uno de ellos, pero seguramente reconocerás bastante de lo escrito en este libro.

Ser padre de familia no es siempre fácil. En Suecia hay millones de mamás y de papás que se esmeran a diario por hacer lo máximo por el bien de sus hijos. Tenemos simultáneamente que el número de denuncias por maltrato de niños aumenta constantemente. Esto puede ser un indicador de que a veces es tan difícil ser padre de familia y ser humano que uno en realidad no sabe qué hacer.

¿Será cuestión de que no hablamos lo suficiente sobre lo que se puede hacer? No es que creamos que un libro puede dar todas las respuestas pero creemos que es probable que un libro pueda dar cierta ayuda y aliento a aquellos padres de familia que sienten que lo necesitan.

Esa es justamente la finalidad de este libro.

El libro de los padres

XXXXXXXX/Spansk

Spansk på
spanska

El libro de los Padres

Cuando se tiene cinco anos no se sabe nada de lo humillante que es pedir prórroga con el pago de la electricidad.

Sobre una mamá que se está
matando a punta de estrés.

Martina Eriksson es una mujer que, entre muchas otras cosas, es la madre de Edgar, un niñito de cinco años. Se podría decir que Edgar es el componente más importante de la vida de Martina Eriksson. Después vienen otros componentes que también son importantes y que también toman mucho tiempo en la vida de Martina, algunos por ser amenos, otros por ser imprescindibles. Ella vive sola con su hijo Edgar y trabaja a tiempo completo. Lo último es lo que llamaríamos un imperativo.

La verdad es que Martina Eriksson bien podría ser campeona mundial de malabares. Toda su vida consiste en hacer mil cosas al mismo tiempo y en hacerlas, si es posible, con una encantadora sonrisa en los labios.

A los que no la conocen les puede parecer que las cosas le sale bastante bien. Con una amable sonrisa, Martina Eriksson llama a la empresa de electricidad y pide una prórroga con el pago de la última factura. Con una gentil sonrisa le pide a la cajera del supermercado que vuelva a pasar la tarjeta de crédito, a ver si a la tercera funciona. Sonriente llega, la última, a la guardería para recoger a su hijo, un niñito inquieto, cansado y pecoso. Sonríe dulcemente durante casi todo el camino hasta llegar al apartamento donde viven los dos, Edgar y ella.

Pero la verdad es que, en el fondo, Martina Eriksson siente que ha fracasado en todo. Se siente derrotada al no poder pagar la cuenta de la luz a tiempo y cada vez que lo ve a Edgar sentado, solo, jugando con sus cubos en la guardería, siente que un frío glacial le oprime las entrañas.

Martina Eriksson no tiene la culpa de que su vida consista en jugar malabares con una pila de problemas. Pero, a pesar de ello, es su autoestima la que se le ha ido a pique. Martina se siente desamparada, vulnerable y frustrada, se siente obligada a hacer siempre buena cara.

Bueno, resulta que cuando al fin llegan a casa, Edgar está que está que revienta de emoción e impaciencia, tira de Martina y tiene

mil cosas importantísimas que contarle y que al rato está tan entusiasmado que se tropieza con el balde de la limpieza y vuelca todo el contenido sobre la alfombra. Entonces también se desborda la paciencia de Martina Eriksson. En un instante de soberana impotencia le da una real bofetada a Edgar.

Es cierto que Edgar Eriksson la conoce a su mamá mejor que a nadie, pero ¿cómo podría él saber de la vergüenza que ella sintió en el supermercado? Lo único que Edgar sabe es que su mamá primero tenía una sonrisa extraña y rígida y que después, de repente, se disgustó machismo con él cuando él, de pura casualidad, se tropezó con el balde. A Edgar le parece que su mamá está lejísimos de él y él se culpa a sí mismo de lo sucedido. Edgar se pregunta qué puede hacer para que su mamá vuelva a estar alegre, como si fuese responsabilidad de los niños de cinco años que sus mamás estén contentas.

Cuando se tiene cinco años no se sabe nada de lo humillante que es pedir prórroga con el pago de la electricidad. Pero se sabe muy bien cómo se siente uno cuando está triste y quiere estar en paz.

Estos sentimientos son iguales para todos, tanto para los de cinco años como para los de 32. Martina le habría podido contar tranquilamente a su hijo lo que sentía: Sabes, Edgar, esto no es culpa tuya pero hoy ha sido horrible ser Martina Eriksson. Por eso ahorita no tengo fuerzas ni para responder a tus preguntas peliagudas. Estoy supertriste. ¿Porqué no nos sentamos tranquilos, así nomás, a mirar fotos o algo así? La verdad es que hoy no me alcanzan las fuerzas ni para limpiar.

Martina Eriksson bien le habría podido confesar, justo a Edgar, que ella no es perfecta. (Además Edgar no quiere tener una mamá perfecta con una sonrisa fea. Él prefiere tener una mamá normal).

Los niños tienen más facilidad para perdonar que los adultos. A veces tienen casi demasiada facilidad para hacerlo. Es seguro que en este caso Edgar la perdonará a Marina Eriksson, pero para ello será necesario que en el futuro Martina se enoje con lo que en realidad la fastidia.

Y que en adelante lo trate a Edgar con el respeto que él se merece.

Al fin y al cabo, él es lo más importante en la vida de Martina.

Y como es bien sabido, las marcas del segundo tipo no se borran tan fácilmente y a veces no se llegan a borrar nunca.

Sobre un papá que ha perdido
la fe en su propia importancia.

En la pared del vestíbulo cuelga una fotografía que, por algún motivo, siempre hace que Ymer Tribali se detenga a mirarla. La foto los representa a él y a Nora montados en los caballitos del tiovivo de un parque de diversiones en las afueras de Copenhague. Nora tiene unos seis años, la cabeza echada para atrás y se ríe, feliz y contenta, sin tomar la menor nota del fotógrafo. Ymer por su parte lleva un chaleco tejido a cuadros y tiene barba, rodea los hombros de Nora con su brazo y mira complacido de frente al objetivo.
Mucho de lo que Ymer ve en esa foto le parece ahora arcaico. Barba. Chaleco escocés a cuadros. Pero lo que más extraño le parece a Ymer Tribali es toparse con su propia mirada: orgullosa, feliz, relajada y paternal. Así era él hace apenas diez años. La prueba contundente está allí en el vestíbulo.

Nora se fue a una fiesta el sábado en la tarde y no regresó hasta bien entrado el domingo. Lo primero que Ymer Tribali quiso hacer

al ver que su hija entraba por la puerta fue darle un abrazo, pero se contuvo. Si bien es cierto que Ymer no había podido pegar los ojos en toda la noche por lo inquieto que estaba, tenemos por otro lado que ella había roto una promesa. Es natural que Nora no supiese nada de ese abrazo que nunca llegó a ser dado, ella se dirigió de frente a su habitación mientras que todo su cuerpo expresaba: déjame-en-paz. La verdad es además que Nora tampoco habría dejado que su padre la abrazase.

Parecería que Nora le hubiese perdido el respeto a Ymer Tribali a cierta altura del camino. En la actualidad Nora muestra con toda claridad que desprecia todo lo que él representa. Lo insulta y le suelta cosas horrendas. Le dice que se avergüenza de su forma de vestir, de sus bromas, de que no sepa utilizar un ordenador, de su viejo Ford Fiesta. Nora se ríe de él en su propia cara cuando él se enoja. Le dice maldito idiota cuando otros la pueden oír. Todo eso hace que Ymer Tribali se sienta descalificado como padre. La ira y la impotencia lo atraviesan como un rayo. A veces reacciona yéndose a las manos y le da un coscorrón a Nora para tratar de recuperar la autoridad perdida.

Ese mismo domingo, un poco más tarde, en un arranque de cólera causado por otra de esas provocaciones típicas de Nora, Ymer Tribali le da una tremenda bofetada a Nora con el dorso de la mano, un fuerte "backhand" que la hace salir volando hacia atrás y darse contra la pared para luego deslizarse hasta quedar sentada en el suelo con un hilo de sangre corriéndole de la nariz. Nora lo increpa, le dice que lo odia, le hace oír cosas que nunca antes había oído y le grita que lo va a denunciar por maltrato. Entonces Ymer Tribali ruge que a la que se debería denunciar es a ella por su maldito comportamiento, dicho lo cual Ymer Tribali se da media vuelta y se va.

Ymer Tribali cree que lo único que Nora quiere en esta vida es ponerlo furioso, pero es muy probable que lo que ella quiera es justamente lo contrario. Nora nunca lo reconocería, pero en el fondo se siente insegura e indefensa y lo que más quiere es que su padre baje la voz, conserve su tranquilidad de hombre maduro y cabal y que le demuestre que se interesa por ella preguntándole: ¿Qué te ha pasado? ¿Porqué reaccionas así? Yo no entiendo nada y quiero que me expliques qué sucede. Yo me preocupo por ti y no

pienso dejarte en estas condiciones mientras no me cuentes lo que te pasa.

Pero en vez de eso, Ymer Tribali golpea a su hija en la cara con toda la fuerza de su impotencia. Al hacerlo le da a entender con toda claridad que a él no le interesa en lo más mínimo lo que ella sienta, (a pesar de que sí le interesa, y mucho), que ella es un caso perdido, una criatura con la que es imposible argumentar (a pesar de que él nunca ha tratado), que la única manera de comunicarse con una persona como ella es a punta de golpes (a pesar de que, en el fondo, él no cree que sea así).

Al actuar de esa manera Ymer Tribali no solo ha dejado una marca roja en la mejilla izquierda a su hija sino que también ha hecho añicos la ya antes tambaleante seguridad de su hija adolescente en sí misma. Y como es bien sabido, las marcas del segundo tipo no se borran tan fácilmente y a veces no se llegan a borrar nunca.

No señor, un hombre que evidentemente ya tenía barba a mediados de la década del ochenta debe necesariamente tener bastante más experiencia que una jovencita que acaba de cumplir dieciséis

años. Y el que tiene experiencias de la vida de adulto debe saber utilizar esa experiencia para argüir y razonar en los conflictos que tenga con otras personas en vez de ponerse a ofenderlas o golpearlas.

A fin de cuentas, hay algo en esa foto del vestíbulo que hace que Ymer Tribali se detenga a mirarla: la foto refleja una relación con Nora que parece irrecuperable. Parecería que Ymer Tribali se ha olvidado de que existen muchas otras maneras de tratar con la gente. Las personas crecen y cambian. Cuando los caballitos del tiovivo ya no diviertan y entretengan lo suficiente resulta necesario hallar otras formas de esparcimiento.

Es cierto que Nora ya no tiene seis años, pero a pesar de ello sigue necesitando un papá orgulloso y seguro de sí mismo que no se deje humillar. Un papá que soporte ser impopular a veces y que le ponga un brazo protector sobre los hombros cuando ella pierda el control sobre las cosas. Un papá que sepa defender su fea forma de vestir, sus limitados conocimientos sobre el mundo de los ordenadores, su oxidado Ford Fiesta y su indiscutible derecho a inmiscuirse, responsabilizarse y preocuparse por su propia hija.

Es cierto que para que Ymer Tribali logre recuperar la confianza de Nora por él será necesario que tome decididamente el mando sobre su papel de padre y sobre sí mismo, y hay que reconocer que eso no será nada fácil.

Pero, por otro lado, la verdad es que nada puede ser más difícil que la situación actual.

¿Le daría el papá de Thomas Bengtsson tirones de pelo a algún adulto conocido que hubiese hecho algo errado?

Sobre un papá que no quería ser igual que su propio papá

Si uno le menciona la palabra Obras de Construcción a Thomas Bengtsson, él pensará directamente en la obra que había cerca del barrio donde él vivía cuando era niño.

Iba a construir un complejo de casas unifamiliares sobre el terreno que había sido su campo de juegos predilecto y a Thomas le prohibieron que fuese allá. El papá de Thomas Bengtsson era arquitecto, a lo mejor era por eso que opinaba que los niños no debían estar en el lugar donde se estaban construyendo casas. O sería simplemente que comprendía que ese lugar podía ser peligroso para los niños, que podían haber huecos en las que se podían caer y excavadoras que los podían arrollar.

Como es natural, Thomas fue de todos modos a la construcción. Y como es natural fue descubierto por su padre, cosa que no tenía nada de raro porque una noche Thomas se trajo a casa cinco de esas estacas marcadoras amarillas que había sacado del terreno de

la construcción (con la esperanza de que las nuevas casas nuevas resultasen triangulares). El papá de Thomas Bengtsson no dijo gran cosa, lo que hizo fue agarrarle el pelo de las sienes y retorcérselo un par de veces.

Si alguien menciona el pelo de las sienes a Thomas Bengtsson, él se acordará de todas esas veces en que su padre le retorcía un mechón hasta que el seso se le crispaba, la cara le cambiaba de color y el corazón se le detenía por un instante. Después de estos castigos lo solían mandar a su cuarto. Thomas recuerda que se podía pasar horas sentado en el piso de su habitación con la mirada fija en una manchita que había en el techo, firmemente resuelto a que si algún día llegaba a tener hijos nunca les daría repelones.

Pero ahora que Thomas Bengtsson es adulto suele pensar que en realidad esos repelones no eran tan graves. Ahora, de pronto, comprende porqué su padre se alarmaba y se enojaba tanto en esas oportunidades y porqué sentía que era necesario amonestarlo de alguna manera. Total, mayor daño no me causó con eso, piensa Thomas Bengtsson.

La verdad es que uno bien quisiera preguntarle a Thomas Bengtsson si cree que le causó algún bien con eso. Es seguro que cada vez que su padre lo castigaba por alguna travesura, Thomas dejaba de hacer justamente esa travesura justo esa vez. Pero parecería que eso no servía de mucho a la larga puesto que el papá de Thomas le seguía dando repelón tras repelón.

¿Le daría el papá de Thomas Bengtsson tirones de pelo a algún adulto conocido que hubiese hecho algo errado? Pues, probablemente no. Eso sería denigrante tanto para él mismo como para la otra persona. Eso significa que al darle un tirón de pelos, el papá le mostraba a Thomas que no lo consideraba una persona digna de respeto. Para él Thomas era un granuja y a los granujas se los puede tratar de cualquier manera. En vez de tratar de resolver el problema como la gente, es decir hablando, el papá de Thomas Bengtsson le daba la espalda a su hijo y se distanciaba de él como persona.

Thomas Bengtsson podrá pensar lo que quiera ahora que es adulto, pero la cuestión es si esos tratamientos no le causaron cierto daño a pesar de todo. ¿Qué les dice uno a sus hijos al darles un jalón

de pelos? ¿Les indica acaso que no deben corretear por las obras de construcción? No, uno les enseña es que se tiene derecho a hacerle daño a la persona que hace algo errado.

Un día Thomas Bengtsson lo sorprendió a su hijo Peder llevando a uno de sus amigos en el portaequipajes de la bicicleta, y, para colmo de males, sin haberse puesto el casco! (A pesar de que Peder sabe perfectamente bien lo que han convenido al respecto). Thomas le dio una palmada en el trasero a Peder, solo para que comprendiese lo peligroso que es llevar a alguien atrás en la bicicleta sin ponerse el casco. Fue una palmadita bastante leve pero suficiente para que Peder bajase los ojos y después se pasase, voluntariamente, el resto de la tarde encerrado en su habitación. Quién sabe si no se la pasó mirando fijamente un puntito en el techo y prometiéndose firmemente que él nunca le daría una palmada a su hijo en el trasero.

Por una parte sería deseable que Peder se librase del sentimiento de humillación que sintió cuando su padre le pegó. Pero por otra parte sería deseable que recordase ese sentimiento durante un tiempo lo suficiente largo para que él pueda romper esa norma cuando llegue a ser papá.

Nadie cree que Thomas Bengtsson sea un mal hombre. Su error consiste en no tratar de romper con un comportamiento que aprendió de niño. Para ponerle fin a esta cadena es necesario que algún miembro de la familia Bengtsson sea el último en golpear a sus hijos y Thomas Bengtsson debiera comprender que esta persona podría ser él mismo.

En realidad no es nada fácil cambiar un comportamiento aprendido desde la niñez. Pero es indudablemente muy importante hacerlo si uno piensa en lo que uno les sigue transmitiendo a las generaciones futuras. Lo que uno tiene por excelencia es una excelente oportunidad para convertir a este mundo en un lugar mejor. En realidad se trata de una oportunidad que se les ofrece a todos los padres de familia que recibieron palizas cuando eran niños.

Johanna Dahlberg tiene
trece años y tiene ideas
muy definidas respecto a
una serie de cosas como la
leche, los ganchos de pelo
y las zapatillas de gimnasia
con suelas que miden
menos de doce
centímetros de alto.

Sobre una mamá
que no sabía cómo.

Johanna Dahlberg tiene trece años y tiene ideas muy definidas respecto a una serie de cosas como la leche, los ganchos de pelo y las zapatillas de gimnasia con suelas que miden menos de doce centímetros de alto. La madre de Johanna creyó durante mucho tiempo que era tremendamente anticuado sujetarse el pelo. La verdad es que lo creyó hasta el día que vio en el catálogo del colegio que prácticamente todas las niñas utilizaban ganchos para sujetarse el pelo, menos Johanna Dahlberg.

Es superfluo decir que los padres de Johanna harían cualquier cosa por su obstinada hija de trece años con los pelos que le cuelgan en la cara. Tres veces por semana la llevan en el auto, de ida y de regreso, al entrenamiento de fútbol, a las clases de equitación y a casa de sus amigas y amigos. Su papá se abstiene de tomar una copa de vino los viernes por la noche para poder ir a recoger a Johanna, siempre a una distancia no-engorrosa, de diferentes discotecas. Su

mamá renuncia al viaje de fin de semana con espectáculo musical (viaje para el que había ahorrado mucho tiempo) y toma ese dinero para comprar el chaquetón de plumas que Johanna tanto anhela tener.

Johanna por su parte se pasa la mayor parte del tiempo callada, calzada en sus descalabrantes zapatillas de gimnasia y negándose a tomar leche. Para sus padres puede resultar bastante ingrato hacer todo lo que a Johanna Dahlberg le venga en gana. Lo peor de todo es ese silencio que reina últimamente en la familia, es como si la testarudez contraída por Johanna los hubiese contagiado a todos. No es nada raro que la familia se pase toda la cena del domingo sin decir nada más que: pásame la sal y gracias, esta rico.

Una noche suena el teléfono. Es el profesor de clase de Johanna que llama para preguntar por su salud de su alumna. Hace dos días que ella no va al colegio. Cuando la mamá de Johanna le pregunta a su hija dónde ha estado si no ha ido al colegio, Johanna le responde que “eso no es cosa de tu incumbencia”. Después cierra la puerta de su habitación dando un portazo y, al rato, cuando su mamá toca a la puerta para decirle que la comida ya está lista, Johanna le espeta que es una vieja bruja y que la odia.

La madre de Johanna no golpearía a su hija por nada en el mundo. Pero lo que sí hace es encerrarla bajo llave en su habitación durante un par de horas para que la niña reflexione sobre su comportamiento y su ausencia de la escuela. Después los padres decide que como castigo le prohibirán a Johanna que vaya a la discoteca durante un mes. Si quiere ir donde sus amigos, a jugar fútbol o a montar caballo durante ese tiempo se las tendrá que arreglar sola. Los padres de Johanna quieren que esto le sirva de lección a Johanna, por eso solo hablan entre sí durante las comidas y actúan como si Johanna no estuviese presente.

Todo el mundo sabe que está prohibido faltar a la escuela. Si hubiese un libro de normas referente al comportamiento de los niños de 13 años y sus padres seguramente ese libro diría que los niños no deben faltar a la escuela. Y es seguro que en ese libro diría que los padres que tienen una hija de 13 años que primero deja de ir a la escuela durante dos días seguidos y que luego les dice a sus padres que eso no les incumbe, tienen de hecho derecho a enojarse muchísimo.

Pero es muy probable que en ese libro también diría que los padres no tienen derecho a andar por ahí como mártires de piedra que nunca mencionan los errores de sus hijas. Porque lo paradójico del caso es que cuando los padres de Johanna encierran a su hija en su cuarto y la marginan durante las comidas, no le están mostrando lo que en realidad piensan de que ella haya faltado a la escuela. Lo único que le están mostrando a Johanna es cuánto ella los disgusta. Y en realidad cabe preguntarse si eso no estaría considerado como un delito aún más grave en el libro de normas.

Porque, sea como fuere, los padres de Johanna, aparte de haber jugado desde lo alto con los sentimientos de culpa de su hija y de haber logrado que ella se sienta absolutamente sola, también le han enseñado, inconscientemente, una mala manera de resolver conflictos. Una manera que Johanna, quiera que no, llevará consigo en la vida. Y, a decir verdad, en los libros de normas debieran considerar que estos actos también son una especie de maltrato de niños.

No, la verdad es que más habría valido enojarse, mesuradamente pero de verdad, y hablar abiertamente sobre lo sucedido. Todo el

mundo sabe que no está prohibido enojarse, por lo menor no le está prohibido al que tiene motivo para enojarse y que es capaz de controlar su ira y expresarla en palabras a tiempo, antes de que la ira se le desborde. A lo mejor hasta habría sido refrescante con un poco de indignación en la familia Dahlberg, sobre todo si se piensa en el tedioso silencio que ha reinado últimamente en ese hogar. El hecho que Johanna había faltado a la escuela les habría dado a Johanna y a sus padres la oportunidad de hablar exaltadamente durante muchas horas.

Pero no es fácil ser los padres de Johanna Dahlberg. Cuando la mamá de Johanna ve el chaquetón de plumas de su hija colgado en el vestíbulo la embarga el sentimiento de que sean cuáles sean los sacrificios que ella haga por su hija, éstos nunca serán suficientes. A veces la madre de Johanna desearía que hubiese un libro que diga cómo se deben comportar los hijos de 13 años y sus padres. Pero ese libro no existe. (No hay libro que pueda decidir cómo un grupo determinado de personas desea conformar su vida de familia).

Cada uno debe fijar sus propias reglas y sus propias normas. Y si

uno se equivoca alguna vez, pues entonces tendrá que mirar a su hijo de 13 años o a su padre o madre a los ojos y pedirle perdón, explicarse abiertamente y tratar de no volver a cometer el mismo error.

Parecería que los niños de ocho anos han cambiado muchísimo desde que Peter mismo tenía esa edad.

Sobre padrastros e hijastros a los que les resulta difícil llegar a ser una familia

La primera vez que Peter la vio a Magdalena fue durante un partido de jockey sobre hielo. Una de las compañeras de trabajo de Peter había invitado a Magdalena y su hijo a un campeonato. Peter no podía dejar de voltear la cabeza hacia arriba a la derecha para mirarla a Magdalena cada vez que tocaban a icing. Ella llevaba un gorro tejido con los colores del equipo Brynäs y tenía un hoyuelo en la mejilla izquierda. A Peter le encanta el jockey sobre hielo pero esa tarde no hacía más que esperar el próximo intermedio para poder volver a mirar ese hoyuelo y, a lo mejor, poder comprarle un dulce a su dueña.

Peter y Magdalena se volvieron a ver unas semanas más tarde y desde entonces han desayunado juntos prácticamente todos los días durante casi medio año. Además, dicho sea de paso, prácticamente cada mañana de estos seis meses han tomado desayuno junto con Oskar.

Oskar, el hijo de Magdalena, tiene ocho años y Magdalena ha vivido sola con él desde que tenía tres.

Parecería que los niños de ocho años han cambiado muchísimo desde que Peter mismo tenía esa edad. Ahora los niños de ocho años hablan inglés, navegan por internet y saben perfectamente de dónde vienen los niños. ¿Será por eso que Peter se queda mudo cuando está solo con Oskar?. O será porque Peter no sabe a ciencia cierta lo que Magdalena quiere que él sea: ¿El segundo-papá de Oskar? ¿El amigo de Oskar? Esto es esencial para saber qué actitud tomar. Por eso Peter prefiere permanecer callado, así evita, por lo menos, sentirse como un extraño bobo. Basta con sentirse como un extraño.

Poco después de que Peter comenzase a vivir con ellos, Magdalena notó un cambio en Oskar. A Oskar le había encantado estar sentado en las rodillas de Magdalena cuando estaban en el sofá en las noches pero últimamente prefiere estar solo en su cuarto. Oskar siempre había sido un muchachito tranquilo y relativamente dócil pero ahora, de pronto, ha comenzado a oponerse a todo. No se quiere poner las botas de goma cuando van a hacer una excursión a un estero con el

colegio. No se quiere ir a dormir a pesar de que ya son pasadas las diez de la noche. No se quiere lavar el cabello. No quiere tomar desayuno. Y, si no se sale con su voluntad se tira al suelo y grita hasta hacer temblar las ventanas de la casa de Magdalena.

Magdalena trata de solucionar los conflictos con su hijo de manera diplomática y sin inmiscuirlo a Peter. Ella se da cuenta de que Peter se siente incómodo porque él siempre se retira a otra habitación cuando la situación se empieza a poner brava. (Peter nunca pidió convertirse en el padre de un granuja de ocho años). Magdalena piensa que si ella logra mantener la paz de su hogar lo más indemne posible, es probable que Peter y Oskar lleguen a congeniar – siempre y cuando ella logre protegerlo a Peter de las pataletas de Oskar y a Oskar de la inseguridad de Peter. Es por eso que la mayoría de las rabietas de Oskar terminan con que el niño se sale con la suya. Después de muchos titubeos y vacilaciones.

Pero una noche, cuando Oskar se niega a cepillarse los dientes y grita hasta hacer temblar las ventanas y cuando Peter se ha tenido que ir a otra habitación, Magdalena siente las ganas de darle una

buena cachetada a su hijo de ocho años. Pero por algún motivo no lo hace. El impulso le vino como un rayo surgido de su impotencia pero Magdalena logró dominarlo gracias a de esa fuerza interior que algunas veces les brota a los padres desde el fondo de las entrañas.

Magdalena no lo golpea a Oskar, lo que hace es sentarlo en sus rodillas y mecerlo dulcemente, perfectamente consciente de lo cerca que estuvo de hacerle daño. Pero al mismo tiempo comprende que ya no puede continuar protegiendo a los miembros de su familia de ellos mismos. Ya no tiene fuerzas para seguir siendo la única responsable por el estado de ánimo de los niñitos de ocho años y de los papás de repuesto. La situación es insostenible a la larga. Peter tiene que asumir su papel de hombre adulto aunque no sea el papá de Oskar y Oskar debe tener derecho a ser un niño normal de ocho años que a veces se enoja cuando no logra salirse con la suya.

Ahora Oskar está gritando con más fuerza que nunca, pero a lo mejor no lo hace tanto por el cepillado de los dientes como por la inquietud de no saber lo que va a suceder con su familia. (A lo mejor se obstina tanto porque quiere saber cuánto resiste la nueva

constelación familiar. Oskar se siente inseguro porque no sabe si Peter es una persona que va a desaparecer del horizonte familiar o que va a permanecer en la familia.)

Pensándolo bien sería bastante divertido tener un segundo papá, esto lo reconocerán la mayoría de los niños de ocho años. Con un segundo papá se puede ir a los partidos de jockey, se puede leer, a un segundo papá se le puede preguntar más detalladamente de dónde vienen los niños. Algunas veces los segundos papás le tendrán que decir a uno que se ponga las botas de goma y entonces es posible que uno se amargue un poco con ellos, pero esas cosas son difíciles de evitar entre niños y adultos que viven juntos. Habrá que adaptarse un poquito pues, los unos a los otros. Peter es Peter y Oskar es Oskar. Peter es adulto y Oskar es niño, eso nadie lo puede cambiar. Pero los conflictos que nazcan de esta relación son algo que los adultos se deben atrever a abordar y a solucionar.

Magdalena es una mujer que, aparte de tener un gorro en los colores del Brynäs también tiene el envidiable don de poder conservar el control sobre sí misma cuando la impotencia la acosa.

Ahora está sentada, exhausta, sobre el piso del baño mirando a Peter que trata de cepillarle los dientes a su hijo mientras que éste chilla y patalea a todo dar.

Y la verdad es que hacía mucho tiempo que su mejilla izquierda no estaba tan cerca de tener un hoyuelo.

El papá de Johan nunca le pegó a su hijo y nunca lo insultó. Pero el papá de Johan logró que su hijo se sintiese como inútil, total quer de alguna manera logró que su hijo terminase siendo una persona agraviada.

La historia de uno al que le han dichoque no vale para nada

El papá de Johan siempre decía que el que quiere puede. Y se daba a sí mismo como ejemplo. El hijo de obrero que llegó a ser médico en jefe – sus únicas armas habían sido su voluntad, su perseverancia y el dinero de las becas. Mi hijo mayor podrá llegar hasta donde quiera, basta con que se empeñe, decía jactancioso el papá de Johan cuando tenían visitas. La primera vez que Johan escuchó la palabra "empeñe" se preguntó qué quería decir. Le preguntó a su hermano menor pero éste tampoco sabía lo que significaba.

Cuando Johan estaba en primer grado le tocó, como a todos los niños de su clase, hacer el test para elegir un instrumento musical. Los mejores podían estudiar violín, en segundo lugar estaban los que iban a tocar trompeta o clarinete y por último venían, en línea directamente descendiente, los que podían empezar a tocar piano, guitarra, tambor y flauta dulce. Al cabo de una larga y angustiosa espera en el pasillo, Johan recibió la penosa noticia de que estaba

admitido al curso de flauta dulce. Johan recuerda, como si fuese ayer el regreso a casa en el auto, llorando, a pesar de que en el fondo nunca había querido tocar violín. Y también recuerda claramente que su padre le dijo que si se hubiese empeñado le habría ido mejor.

Uno puede hacer cualquier cosa con tal que se lo proponga.

Cuando Johan tenía diez años fue con su padre a cazar alce. Era un gran acontecimiento para toda la familia. El padre de Johan se había pasado la mitad del mes de septiembre contándoles historias de cazadores a Johan y a su hermanito.

Johan recuerda cuatro cosas de la partida de caza: Que el perro zarcero temblaba de emoción. Que era dificilísimo estarse callado todo el tiempo. Que vomitó cuando vio que extraían las entrañas de un gran corzo. Pero lo que con mayor claridad recuerda es que su padre lo miró fríamente y dijo que será mejor que te llevemos a casa.

Uno puede hacer cualquier cosa con tal que se lo proponga.

Cuando Johan tenía unos trece años iban a ponerle tejas nuevas a la casa de campo. El padre de Johan, el carpintero "Pepe Maderas" y el abuelo de Johan estaban arriba sobre el techo. A Johan y su

hermanito les habían dado tareas a nivel del suelo. El hermanito de Johan subía la escalera de mano con las tejas y se las daba a su padre. El trabajo de Johan consistía en cortar la empaquetadura de plástico, sacar las tejas y darle una cantidad adecuada de tejas a su hermanito. Así estuvieron trabajando por horas. Entrada la tarde se comenzaron a borrar las jerarquías, el hermanito de Johan tomó una pausa y Johan subió por la escalera de mano llevando las tejas y se las dio directamente a su papá. Todo marchó bien. La próxima vez Johan subió toda la escalera con las tejas en la mano hasta llegar al techo. Pepe Maderas estaba en la parte más alta del tejado y extendió su nudosa mano hacia Johan. Pero Johan no lo alcanzaba y tuvo que subir otro escalón más. Al hacerlo se le cayó una teja sobre las que ya estaban colocadas. Obviamente no lo hizo a propósito. Pero Johan todavía recuerda ese instante cuando estaban allí, parados, sobre las viguetas de madera, tres metros sobre el nivel del suelo, ojo a ojo, recuerda la mirada de desprecio de su padre y sus palabras con forzada tranquilidad: ¿Tendrías la gran amabilidad de bajarte del techo?

Uno puede lograr cualquier cosa con tal que se lo proponga.

Si alguien le preguntase al papá de Johan sobre la infancia de Johan, éste seguramente dirá que siempre hizo todo lo posible para alentar a su hijo y que siempre se jactaba de él ante sus amigos. Pero si alguien le preguntase lo mismo a Johan, es probable que Johan diga que su papá nunca jamás, ni una sola vez, le dio a entender que servía para algo. Y a pesar de ser adulto, Johan sigue teniendo miedo a fracasar – o digamos más bien que para Johan es muy importante tener siempre éxito, justamente por ese motivo.

El papá de Johan nunca le pegó a su hijo y nunca lo insultó. Pero el papá de Johan logró que su hijo se sintiese como un inútil, total que de alguna manera logró que su hijo terminase siendo una persona agraviada. Se puede suponer que el padre de Johan también fue objeto de vejaciones similares cuando era niño y que, sin reflexionar mayormente, repite la misma fría actitud que vio en sus propios padres.

Porque la verdad es que uno no lo puede tener éxito en todo aunque se lo haya propuesto. Uno no se puede quedar impasible al

ver las entrañas de una corza si uno le tiene miedo a la sangre. Uno no le puede infundir valor y coraje a su hijo si no le permite, al mismo tiempo, que cante falso, vomite al ver tripas o deje caer una teja. Si no se le permite lo último, se corre el riesgo de que el hijo crea que uno solamente lo quiere cuando tiene éxito en lo que hace, y ese no es el caso, ¿verdad?

Cuando Johan tenía unos quince años dejó de tocar flauta. Para entonces s ya se sabía de memoria todas las posiciones de los dedos en todos los tipos de flautas. Había sido solista en las clausuras del colegio, en las fiestas de Navidad, había tocado en un sinnúmero de conjuntos. Pero Johan no había tocado flauta todos esos años porque le gustase el instrumento sino solamente porque quería demostrarle a su papá que se sabía empeñar. Un motivo bastante deplorable que además no le valió de nada porque solo sirvió para que su papá lo siguiese mortificando por todos los elogios que nunca le llegó a dar.

Esta es indudablemente una manera muy sutil de hacer daño puesto que aun sigue doliendo veinte años después.

16 råd till dig som tycker att det är svårt att vara förälder ibland.

1. SI ALGUNA VEZ TE PERTURBA LA IDEA DE QUE QUIZÁS NO SEAS BUEN PADRE O MADRE: Recuerda que nunca es demasiado tarde para corregirse. Los niños se la pasan sumando experiencias pero tienen al mismo tiempo una facilidad increíble para descubrir tu voluntad de cambio.

2. SI ALUNA VEZ SE TE METE ENTRE CEJA Y CEJA QUE A LO MEJOR HAS TRATADO MAL A TU HIJO: Pídele perdón. A los niños se les dice cada dos por tres que pidan perdón a la gente. Es menos frecuente que los adultos pidan perdón, a pesar de que hacerlo es una excelente manera de mostrar respeto por los demás. Es bastante fuera de lo común que un adulto toque a la puerta de la habitación de un niño para pedirle perdón por su comportamiento. Pedirle perdón a tu hijo no es "perder la cara", sino más bien algo que te hará crecer como adulto.

3. SI TE SIENTES SUPER-ESTRESADO O ABATIDO POR COSAS QUE SUCEDEN EN TU PROPIA VIDA: Explícaselo a tu hijo. Uno no se puede pasar toda la vida sirviendo de ejemplo para toda la humanidad. Recuerda tamabién que hasta los niños más pequeños son capaces de comprender lo que uno siente cuando está triste, y en realidad no necesitas ser demasiado dramático o detallado en tus explicaciones. Además, acuérdate siempre de añadir al final: "… pero nada de esto es culpa tuya." Estas últimas palabritas son lo más importante de todo: No es culpa tuya. Probablemente eso sea absolutamente lógico y natural para ti que eres adulto, pero para tu hijo será un alivio oírlo. Porque es tan fácil que los niños se sientan responsables de todo lo que sucede a su alrededor.

4. SI TE SIENTES IMPOTENTE ANTE EL COMPORTAMIENTO DE TU HIJO FRENTE A OTROS ADULTOS: Recuerda que esto les sucede a todos los padres del mundo. Cuanto más impotente y diferente sea tu comportamiento, por ejemplo cuando tu hijo se pone a gritar, más inseguro se sentirá tu hijo. ¿Cómo hubieses actuado en tu propia casa? Trata de hacer algo similar, sin preocuparte tanto por lo que piensen los demás. Ten por seguro que los hijos de los demás también gritan alguna vez.

5. SI DE VERAS RESULTA ABSOLUTAMENTE IMPOSIBLE HABLAR CON TU HIJO: Pues, trata una vez más. Baja el tono de voz, conserva tu tranquilidad de adulto y dile claramente lo que querías decir. De este modo le darás peso a tus palabras, aunque no te puedas esperar una reacción inmediata. Si te dejas enredar en tu propia alteración la situación no hará más que ir de mal en peor.

6. SI TE SIENTES TAN HOSTIGADO POR TU HIJO QUE ESTÁS A PUNTO DE PERDER EL CONTROL: Los niños suelen saben exactamente cómo y cuándo hacer una provocación para poner furioso a su padre o a su madre. Conservar el control en tales situaciones no es nada fácil, pero si uno es padre de familia lo tiene que hacer. Un consejo: Olvídate en estos casos del sentido exacto de las palabras de tu hijo y trata más bien de ver al niño o niña como lo que en realidad es: una persona que significa mucho para ti y que está pasando por un momento bastante difícil. Y, aparte de esto, una persona que en el fondo necesita de tu atención y de tus cuidados a pesar de que te está indicando lo contrario.

7. SI TU HIJO NO HACE MÁS QUE GRITAR Y DE LLORAR, SI ESTÁ INCONSOLABLE, es probable que esté tan cansado que ya no sabe qué hacer. Es muy posible que lo que el niño más necesite en esos momentos sea un poco de tranquilidad. Trata de recordar lo que tú mismo ansiabas cuando tenías seis años y estabas inconsolable. ¿Qué te podía tranquilizar y serenar? ¿Que te contasen un cuento? ¿Que te dejasen en paz? ¿Que hubiese un adulto a tu lado? Lo que tú creas sea lo mejor será seguramente mejor que lo que cualquier otra persona puedan sugerir.

8. SI TE PARECE QUE TU HIJO O HIJA ADOLESCENTE TE HA PERDIDO EL RESPETO POR COMPLETO, recuerda que eso no es más que tu impresión. Los adolescentes, al igual que todos los niños, nos necesitan a nosotros los adultos y necesitan nuestra experiencia de la vida, pero necesitan al mismo tiempo mostrar su propia independencia. Así es y así ha sido siempre. Lo importante en este contexto es que no te dejes tratar de cualquier manera.

9. SI TU HIJO HACE ALGO QUE TE SACA DE QUICIO. No está prohibido, no es ni siquiera raro, que uno se enoje. Lo importante es que la ira no dure una eternidad y que no termine en marginación, cinismo o maldades. Ese tipo de actitudes pueden hacer que los niños duden sobre su valor propio y llegar a deshacerse de las sensaciones de ese tipo puede ser sumamente difícil.

10. SI TU HIJO ANDA FORZANDO LOS LÍMITES Y PRESIONÁNDOTE: Preocuparse también puede ser negarse. No se puede esperar que los niños confíen en los adultos que no saben decir que no – los niños necesitan tener límites claros y definidos. Los límites los fijas tú, y después te corresponde a ti, que eres adulto, atender que los límites fijados se respeten.

11. SI TE PARECE QUE TU HIJO HA HECHO ALGO ERRADO: Cuida de que quede bien claro que lo que le recriminas a tu hijo es el acto errado que ha realizado, no su manera de ser. Debe ser evidente que sientes respeto por tu hijo y que justamente por eso estás decepcionado por su forma de actuar.

12. SI TU HIJO PARECE ESTAR A FAVOR DEL OTRO PROGENITOR, el que ya no vive con ustedes: Recuerda que esto no implica que el otro progenitor sea más importante que tú. Cuando los niños idealizan al papá o a la mamá que ya no

vive con la familia lo que hacen es simplemente darle rienda suelta a su nostalgia. No te dejes ofender por ese comportamiento. La actitud de tu hijo no tiene nada que ver contigo que estás presente a su lado.

13. SI TU HIJO NO SE LLEVA BIEN CON SU NUEVO PADRASTRO O MADRASTRA: Los niños necesitan sentirse confiados y protegidos, seguros de lo que sucede en su familia. Es muy probable que el niño no le tenga mayor antipatía a su padrastro o madrastra sino que simplemente se sienta inseguro y quiera poner al nuevo allegado a prueba. ¿Se quedará la nueva persona en la familia o desaparecerá dentro de poco? Ustedes los adultos se tienen que poner de acuerdo sobre lo que quieren para podérselo decir claramente al niño.

14. SI SIENTES MORTIFICADO POR LA INGRATITUD DE TU HIJO CUANDO TE HAS SACRIFICADO POR ÉL: Recuerda que tus hijos no se esperan que te borres de la superficie del mapa por complacerlos. Y, al fin y al cabo, ¿de qué les sirve a tus hijos tener padres abatidos y resignados? No te olvides de pensar en ti mismo de vez en cuando.

15. SI TE SIENTES IMPOTENTE EN EL PAPEL DE PADRE DE FAMILIA: Lo importante es saber de dónde te viene esa impotencia. Cuando lo sepas podrás hacer algo para vencerla. Generalmente resulta más fácil adquirir perspectiva sobre la situación de uno si uno habla de lo que piensa con otro adulto: un amigo, padre, novio, compañero de trabajo, etc. Si quieres hablar con alguien que no pertenezca a la familia hay varias organizaciones que tienen líneas telefónicas para ayudar a los padres de familia. Hallarás los números de teléfono en el cuadro que está más abajo.

BRIS, Derecho de los Niños en la Sociedad. Teléfono para adultos: 077-150 50 50. Las llamadas cuestan 1 corona por minuto, ayuda profesional. Abierto todos los días laborables de 11.00–13.00.

RÄDDA BARNEN, PADRES ANÓNIMOS: 020-786 786.
Gratis. Abierto lunes 12.00–21.30, martes a viernes 18.00–21.00, sábados y domingos 13.00–21.00.

CRUZ ROJA, Personal de Guardia: 020-220 006. Gratis. Atiende todas las noches de 22.00–02.00.

SFPH (Asociación Sueca de Salud Mental – Svenska föreningen för psykisk hälsovård – Ester Bohlmans stiftelse), Teléfono para los padres: 020-854 000. Gratis.
Abierto lunes a viernes 10.00–14.00.

CURADOR DE GUARDIA,
08-702 14 80 o por el 112.
Siempre abierto.

16. SI TEMES QUE UN NIÑO EN TU ENTORNO LA ESTÁ PASANDO MAL O ES MALTRATADO: Siempre será mejor hablar con alguien sobre tus sospechas a no hacer absolutamente nada. Pónte en contacto con el Servicio de Asuntos Sociales (Socialtjänsten) del distrito donde vives. Allí hay personal especializado que te poddrá aconsejar la manera de actuar. No necesitas decir ni de qué menor se trata ni cómo te llamas tú. Tu llamada no conduce automáticamente a una denuncia. También te puedes dirigir a algún consultorio infantil-juvenil (pub o bup) o al Servicio Escolar de Salud (Skolhälsovården) para recibir asesoría y apoyo.

¿Qué es en el fondo maltrato infantil?

¿Qué se logra al pegarle a un niño, al marginarlo, al encerrarlo, al ignorarlo, al insultarlo, al darle apodos o al ofenderlo de alguna manera?

Uno le enseña a ese niño que no vale para nada. Uno le da la espalda en vez de acercarse a él. Uno descalifica al niño como ser humano. Uno logra que la integridad del niño se tambalee. Uno se da importancia a si mismo a costa del niño. Uno le enseña al niño que el amor no se puede dar por descontado, que el niño se lo tiene que ganar (incluso a costa de su propia identidad). Uno le señala al niño que uno no se interesa o preocupa por él.

Estos son sentimientos que acompañarán a los niños en la vida, a veces hasta que lleguen a adultos. Muchos de los niños maltratados consideran que eso es casi lo peor de todo: el terrible, desolador y pertinaz sentimiento de ser objeto del total desinterés de sus propios padres.

Además, para colmo de males tenemos que uno les enseña a sus propios hijos a comportarse de esa manera. Porque es así como los

niños aprenden lo que está bien y lo que está mal en la vida: Lo aprenden al ver el proceder de sus propios padres. Generalmente es completamente inútil hablar con un niño sobre cierta forma de portarse si uno mismo no se comporta de acuerdo a lo que dice. El niño partirá siempre en primer lugar de lo que ve hacer a sus padres y conformará, inconscientemente, su propia moral de acuerdo a ello.

Sin embargo esto no implica que todos los que recibieron palizas en su infancia automáticamente les pegarán a sus propios hijos. Pero implica de hecho que tendrán que romper una pauta bien aprendida si desean dejar de hacerlo y es lógico que la vida habría sido mucho más fácil si no hubiesen cargado con ese esquema desde la infancia.

Además esto también implica que nosotros, los padres, no educamos únicamente a nuestros propios hijos sino que también educamos, en cierto modo, a todas las generaciones futuras.

Esto hace que nosotros, los padres de familia, tenemos una responsabilidad mucho mayor, o, como también podrían verse las cosas, que tenemos en realidad una posibilidad mucho mayor.

© El Comité contra Maltrato Infantil,
Minsterio de Salud Pública y Asuntos Sociales

Idea & diseño:
TBWA STHLM & el Psicólogo Bengt Grandelius

Colaborador en la redacción & Psicólogo Consultor:
Lic. Bengt Grandelius, Psicólogo titulado.

Diseñador Gráfico: Henrik Delehag
Autora: Anna Qvennerstedt
Asistenta gráafica: Emma Ludvigsson
Directora del Proyecto: Cecilia Winbladh
Directora de Producción: Jenny Meckbach

??????????Original: Hunkydory Communication

Revisión de datos:
Christina Back, Lic, en Ciencias Sociales/Psicoterapeuta

Contacto:
??mot barnmisshandel@social.ministry.se

??????????Translation from Swedish: Clare James
????????? *Traducido por:* Margaret Cugler Halling

??????????Original title: Föräldraboken